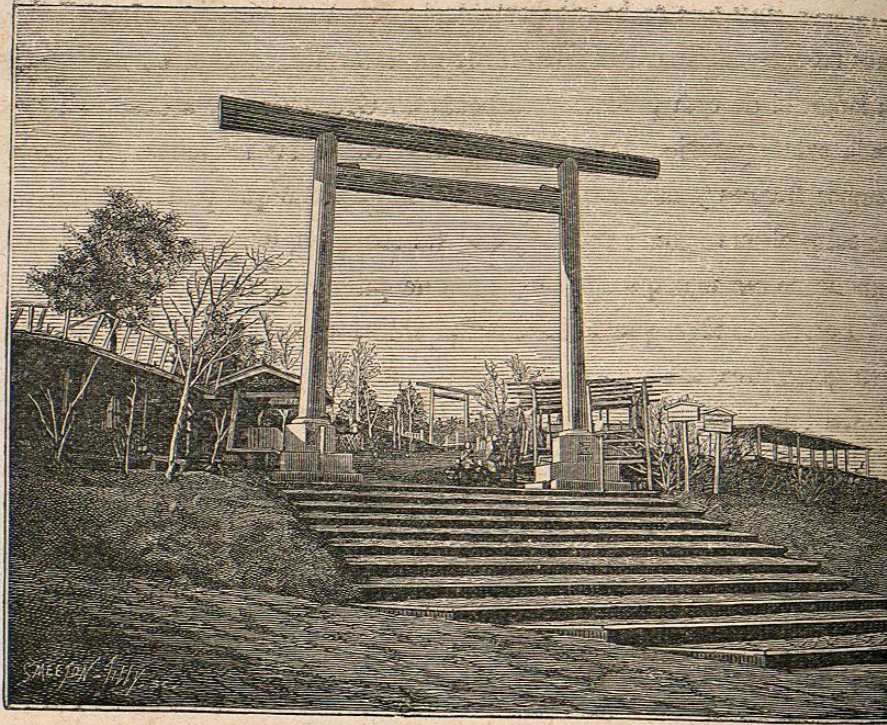


Por tal motivo practiqué una nueva exploracion de las colinas que se hallan al Noroeste de Yokohama, y en las cuales ya habia visto algunos puntos convenientes para mi propósito. En el nuevo reconocimiento me fijé en la eminencia llamada Nogue-no-yama (montaña de Nogue) ó tambien Ise-yama, cuya altura es de unos cincuenta metros, y que está situada entre Yokohama y Kanagawa á muy corta distancia de la playa.



PUERTA DEL TEMPLO DE NOGUE-NO-YAMA.

Casi en la parte culminante de esta colina se encuentra un pequeño templo budista, ó por mejor decir de la secta de *Shinto*, llamado Ise-yama-no-Dai-Dgin-gu (templo del gran Dios de Ise-yama), á cuyas inmediaciones hay frescos y sombríos bosquecillos y varias pequeñas casas de té, como es costumbre general en todos los templos del Japon. Conviniendo aquel sitio á mi intento, me propuse colocar en él mi campo aprovechando la parte despejada de la meseta de la colina que está entre el templo y un pequeño panteon, cuyos monumentos tumularios se levantan en la vertiente que mira hácia Yokohama.

No me fué difícil obtener la anuencia del propietario de la menos mala de aquellas casuchas y la mas inmediata al sitio conveniente, para alquilarme la habitacion y un terreno anexo que por fortuná era el que

mas me habia agrado. El sitio escogido llenaba, en efecto, todas las condiciones del caso, pues casi en el vértice de la colina, presentaba un horizonte despejado en todas direcciones, distando solo un centenar de metros de la habitacion. Por el Norte y el Noreste dominaba la bahía cuyas tranquilas aguas se extienden al pié de aquellas eminencias desde el fuerte artillado de Ota, bañando las playas y los muelles de Yokohama, hasta el límite de la vista mas allá de las colinas del Bluff. Por el Este desde la falda misma de Nogue se veian las primeras casas de la



TEMPLO DE NOGUE-NO-YAMA.

ciudad con sus ligeras construcciones de madera, sus calados muros cubiertos á veces de un barniz oscuro y brillante que les dá el aspecto del hierro bruñido, y sus techos de negras tejas. Por el Sur y por el Oeste se elevaban en gigantesco anfiteatro las verdes y risueñas colinas que hasta los confines del horizonte se ven salpicadas de hermosas quintas y de vistosas arboledas, limitando aquel bello panorama por el lado del Oeste el erguido y blanquísimo vértice del Fusi-yama, que descuella sobre su azulada base de montañas.

La perspectiva que se disfrutaba desde la cima de Nogue-no-yama era en verdad magnífica; pero en cambio realmente aterradora para el próxi-



mo invierno la que me ofrecia la desmantelada habitacion en que iba á alojarme. Una delicada armazon de madera, cuyas paredes exteriores consistian en ligeros y calados bastidores cubiertos del impermeable papel japonés, y cuyos tabiques interiores no eran mas que bastidores idénticos sirviendo de sosten á tejidos de seda con pinturas de flores y de animales; he aquí todo el abrigo que me prometia aquella casa, lo mismo que cualquiera otra de las inmediatas, para los peores meses de una estacion que comenzaba á anunciarse bastante rigorosa. Desgraciadamente todas las casas japonesas están construidas de la misma manera, de suerte que, aunque hubiera tomado alguna dentro de la ciudad ó en cualquiera otro sitio menos descubierto que la colina de Nogue, habria aventajado muy poco en cuanto á defensa contra el frio, y hubiera hallado el inconveniente de quedar á mayor distancia del campo astronómico, inconveniente tanto mas grave cuanto que la mayor parte de las observaciones que iba á practicar en él, tendrian lugar en las altas horas de la noche.

Fué, pues, preciso resignarme á arrostrar un sufrimiento físico que no se podia evitar; y aunque fué grande en efecto, lo hallé preferible mil veces al padecimiento moral que me atormentó desde mi partida de México hasta el 9 de Diciembre, padecimiento originado por el temor de que fuese á fracasar por cualquiera accidente invencible el objeto de la Comision, á pesar de mi voluntad inquebrantable de luchar sin tregua contra todo obstáculo que se presentase en mi camino.

Segun dije antes, el propietario se manifestó anuente para alquilarme tanto su casa como el terreno adyacente; pero me dijo al mismo tiempo, que no podia ponerme en posesion ni de la una ni del otro sin el permiso de la autoridad, por estar situadas ambas propiedades fuera de la demarcacion extranjera.

Volví en consecuencia, al Palacio del Gobierno local con el fin de exponer al Sr. Kogo la dificultad en que me hallaba, y para indicarle que pues él mismo creia que de un momento á otro deberia recibirse de Tóquio la anuencia del Emperador, se sirviese autorizarme para dar principio á la construccion del observatorio en Nogue-no-yama, en donde habia encontrado un sitio á propósito para el objeto, y una casa que, aunque muy poco abrigada, podria servirme de habitacion temporal á falta de otra mejor.

El Secretario Sr. Kogo me repitió sus ofertas, diciéndome que, efectivamente el Gobierno de Kanagawa esperaba de un instante á otro instrucciones respecto de mí; y que inmediatamente que llegasen mandaria llamar al propietario para ordenarle que desocupase su casa y que con el terreno inmediato la pusiese á mi disposicion.

A esto contesté suplicándole que solo autorizase á aquel hombre para arrendarme sus propiedades, pues habia convenido con él en que así se hiciese y no deseaba ocasionar gasto alguno al Gobierno de Kanagawa, como parecia deducirse de la promesa de poner por su cuenta aquel sitio á mi disposicion. Añadí que los cinco ó seis dias que solamente habian transcurrido desde la fecha de mi primera visita, bien comprendia yo que no eran tal vez suficientes para la resolucion de mi solicitud por parte del Gobierno de S. M. I. tan lleno de atenciones preferentes; pero que se sirviese disimular mi impaciencia, hija solo de la necesidad en que me hallaba de proceder con toda actividad, so pena de no contar con el tiempo suficiente para terminar todos mis trabajos preliminares. Le dije, por último, que el constructor Mow-Cheong y los muchos obreros japoneses que trabajaban en mi observatorio, habian terminado ya todo lo que era posible construir en sus talleres, urgiéndome por tal motivo para que se les designase el sitio en que debia armarse la estacion y ejecutarse las construcciones de piedra.

A todas estas razones contestó el Sr. Kogo manifestando comprender perfectamente toda la impaciencia que con sobrado fundamento debia agitarme, y me ofreció de nuevo hacer cuanto estuviera en su mano para acelerar la resolucion de este asunto así como para secundar mis propósitos; pero al mismo tiempo me dió á entender que nada definitivo podia acordar el Gobierno de Kanagawa sin la prévia formalidad de la autorizacion expresa del Emperador.

Confieso que ya empezaba yo á alarmarme por una demora que no era ciertamente dilatada en circunstancias normales, pero que en las mias podria ser de fatales consecuencias. Pasé en esa época dias verdaderamente amargos; porque ademas de mi justificada impaciencia, el cielo de Yokohama solia entoldarse por completo, desmintiendo su proverbial serenidad.

Por lo comun reina allí un viento arrasante del Oeste, muy frio en el invierno por venir de las montañas dominadas por el Fusi-yama, pe-



ro que mantiene despejada la atmósfera, oponiéndose á la aglomeracion de los vapores del oceano. Mas cuando deja de soplar el viento dominante, ó cuando sopla el del Norte, suele cubrirse el cielo por varios dias, resolviéndose el temporal en lluvias ó nevadas. Hacia el fin de Noviembre se experimentó uno de esos temporales, cuya duracion fué casi de una semana, siendo tal la aglomeracion de nubes que en todo ese tiempo no pudimos ver el sol ni mucho menos las estrellas.

En medio de tales condiciones, fácil es comprender el estado que guardaria mi ánimo. Haber hecho con felicidad y con extremada rapidez un viaje tan largo; haber llegado al lugar de mi destino con la anticipacion estrictamente necesaria á la verdad, pero en rigor suficiente; y por último haber sido recibido por las autoridades del país con tan benévola deferencia, para ir tal vez á fracasar por alguna de esas dificultades que no es dado al hombre vencer, era una consideracion que me mantenía en continua angustia. Tranquilo ante mí mismo con la conciencia de haber hecho cuanto era necesario para alcanzar el buen éxito de mi mision, me atormentaba, sin embargo, la idea de que allí como en cualquiera otra parte, existía el peligro evidente é invencible de que una de esas tormentas pasajeras viniese á nulificar todos mis esfuerzos.

Pasando alternativamente de la confianza al temor, del temor á la esperanza, y procurando adivinar las leyes físicas locales que presidian á esos nublados, empleaba yo mi tiempo con una actividad febril ya visitando los talleres de Mow-Cheong, ya demarcando en las cumbres de Nogue-no-yama el trazo mas favorable para mi observatorio, ya informándome en mi hotel de si habian llegado para mí cartas ó telégramas de Tóquio, ya haciendo algunos cálculos astronómicos preliminares ó preparatorios, ya por último consultando el barómetro y el termómetro para tratar de deducir de sus indicaciones el estado probable de la atmósfera en los dias siguientes. Jamás vió el agricultor con tan profundo espanto la negra nube que amenaza descargar una lluvia de granizo sobre su plantío naciente, nunca contempló el marino con tanto terror los anuncios de la tormenta en medio del oceano, como veía yo aquellas impenetrables masas de nubarrones parduzcos formando una inmóvil y anchurosa bóveda sobre la ciudad. El agricultor, en efecto, solo tenía que temer por su fortuna; el marino creía únicamente amenazada su existencia; pero para mí la amenaza era todavía mas formidable, puesto que

ponía en peligro el prestigio que ante el mundo científico intentaba conquistar mi patria.

En uno de esos dias, era el 19 de Noviembre, al volver á mi alojamiento tuve la noticia de que S. E. el Gobernador de Kanagawa en persona, acompañado del Vice-gobernador y de sus secretarios, habia estado allí con el fin de hacerme una visita, y no habiéndome encontrado me habian dejado sus tarjetas. Esta nueva me llenó de alegría, porque supuse desde luego que un acto tan deferente de parte de las autoridades indicaba sin duda alguna que habian recibido instrucciones del Emperador favorables á mi mision, y cuya llegada era cada dia mas apremiante. Dispuse en consecuencia corresponder en la mañana misma del dia siguiente á la cortesía de S. E., pagándole su visita en compañía de todo el personal de la Comision.

Se hizo en efecto así, y aunque S. E. el Gobernador Nakáshima Nobuyuki no estaba en su palacio en el momento de nuestra llegada, fuimos introducidos á un salon en que nos recibieron el Vice-gobernador Sr. Santo Naoto y el Sr. Kogo, á quienes presenté individualmente á todos los miembros de la Comision.

El Sr. Santo Naoto, como casi todos los funcionarios públicos del Japon, vestía á la europea, y como el frio era bastante intenso, llevaba algunas pieles sobre su traje. Es un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de un aspecto simpático, de un trato afable, y dotado de una fisonomía franca y abierta que nos fué en extremo atractiva. Comprendía la lengua inglesa aunque la hablaba poco, de suerte que si bien el Sr. Kogo me trasmitía en inglés sus palabras, casi no era necesario que le tradujese al japonés las mias.

Me dijo el Sr. Santo Naoto que no tardaria en llegar S. E. el Gobernador, y que como tendria mucho gusto en vernos, nos suplicaba que lo esperásemos algunos minutos; pues habiendo recibido órdenes del gobierno de S. M. I. para que se me facilitasen de todas maneras mis operaciones, deseaba S. E. que le indicase yo todo cuanto pudiera necesitar.

Naturalmente esperé gustoso, conversando con el Sr. Santo Naoto, la llegada del Gobernador, quien no se hizo esperar mucho tiempo. S. E. Nakáshima Nobuyuki, Gobernador de Kanagawa, es un hombre de cuarenta años poco mas ó menos, de mediana estatura, de tipo japonés muy marcado, y cuyas maneras fáciles y corteses sin encogimiento y sin alti-